

rústica congregación de los procuradores de los valles es historia pura fundada en el texto de las Ordenanzas confirmadas en 1645 por Felipe IV, y en otros varios documentos que en los apéndices se mencionan. Histórico es el orden de presidencia y asiento; históricos los nombres de los justicias, procuradores y escribano que en la Junta figuran; histórico el mandamiento ó convocatoria á los valles, y todos los demás papeles que en el mismo texto de la novela se ponen íntegros ó en extracto, como Manzoni intercaló los bandos de los gobernadores de Milán. Este escrúpulo de nimia exactitud diplomática contribuye al prestigio de la ilusión poética, haciendo al lector verdaderamente contemporáneo de los sucesos que se narran. El cuadro de las Juntas es acaso el mejor de la novela, y la brava pendencia con que terminan recuerda, con desenlace menos sangriento, la lucha de los dos clanes rivales en *The fair maid of Perth*.

Reparos harto livianos han puesto á *Ave Maris Stella* los pocos críticos que se han fijado en ella. Dicen que la acción, aunque dulce y simpática, es pobre y algo desleída. No puede llamarse pobre una acción que tiene todo lo necesario para su integridad, y además en *Ave Maris Stella*, como en todas las buenas novelas históricas, el interés es

doble: uno el personal de los protagonistas; otro el interés colectivo, el interés de la historia en que ellos van envueltos y que los arrastra en sus tortuosos giros. Atender al primero y no al segundo, que en la intención del autor es casi siempre el capital, equivale á desconocer la verdadera índole de este género narrativo, cuya mayor eficacia y virtud poética consiste precisamente en mostrar la acción del destino histórico sobre el destino individual; empresa de mucha más consecuencia que las manifestaciones del puro realismo. Entendida de este modo la novela histórica, viene á ser una transformación moderna de la epopeya. Así en la novela única é insuperable de Manzoni, una inocente pareja de sencillos *contadini*, Renzo y Lucía, pasea sus contrastados amores á través del hambre, del tumulto y de la peste, y viene á reflejarse en aquellas humildes existencias todo el movimiento de la sociedad lombarda del siglo xvii en todas sus clases y condiciones, desde los *bravos* asalariados y tiranuelos feudales, hasta el santo Arzobispo Federico Borromeo. Así, en *El Señor de Bembibre*, novela dignísima de ser citada en primera línea entre las nuestras, el gran drama de la caída de los Templarios y la visión imponente del Castillo de Cornatel, se sobreponen en mucho al interés que, sin

duda, despiertan las cuitas amorosas de Don Alvaro y Doña Beatriz, tan delicadamente interpretadas por el alma ardiente y soñadora del poeta.

No es pobre la acción de *Ave Maris Stella*, si se atiende á los dos elementos que en ella fundió sin violencia Juan García; pero es cierto que pudo desenlazarla por medios menos rápidos y bruscos que aquella riada del Saja, por otra parte admirablemente descrita, y en que parece luchar con estos soberanos versos de Lucrecio (I, 286-290), que tan presentes tenía:

*Nec validei possunt pontes venientis aquæ
Vim subitam tolerare; ita magno turbidus imbri
Molibus incurrit validis cum viribus amnis,
Dat sonitu magno stragem; volvitque sub undis
Grandia saxa; ruit quæ quidquam fluctibus obstat.*

Pero ya he dicho que para mí el verdadero desenlace no está en el accidente fortuito y material que arrastra á D. Alvaro, sino en la conversión moral de su hermano don Diego.

Con ligereza se ha dicho también que el novelista se desentiende de las situaciones más culminantes para pintar un pasaje ó una marina con verdadera delectación morosa. Precisamente nuestro Amós conocía muy bien este punto flaco del arte de Walter Scott, «el cual, con tanto amor y deleite

se detiene á veces en detallar y pulir sus cuadros de la Naturaleza, en hacer correr sobre ellos, ya la luz, ya la sombra, que parece olvidarse de que le aguardan sus héroes para hablar ó moverse, y con mayor impaciencia el lector, puesto en sus manos por la afición ó el capricho». El capítulo titulado *Puerto Calderón* con que empieza la novela montañesa, es el único que adolece de este defecto, y hubiera ganado con ser más breve, aunque en ello se perdiesen algunos primores de forma; pero no puede decirse que en él se distraiga el autor de nada, puesto que todavía no ha comenzado su relato. Lo que sí puede y debe decirse es que tarda en entrar en materia, y que esta novela, al revés de otras muchas, va ganando interés conforme avanza.

No necesito encarecer de nuevo las dotes de paisajista que Escalante tuvo y que no podían menos de ser para él una tentación perpetua. Pero debo notar que, en este último libro, la Naturaleza visible está sentida y representada de un modo muy diverso que en sus relaciones de viajes y en sus impresiones de la playa. El paisaje de *Ave Maris Stella* está empapado de emoción moral, si vale la frase. Guarda misteriosa consonancia con los estados de alma de los personajes y con las escenas en que intervienen. Es, por

decirlo así, un lenguaje simbólico en que la tierra madre habla á sus hijos. Fácil sería puntualizar esto, si los límites del presente estudio lo consintiesen. Tampoco responderé de nuevo á las acusaciones de afectada cultura en el lenguaje. Suponiendo, lo cual estoy muy lejos de conceder, que para los españoles sea arcaica la lengua que hablaron sus mayores prosistas y poetas, siempre estaría legitimado su empleo en un argumento del siglo xvii, y en la pluma de un escritor que podía decir de sí mismo, como Tito Livio, que escribiendo de cosas antiguas sentía que su alma se hacía antigua también: *Vetustas res scribenti nescio quo pacto antiquus fit animus.*

Legítimo poeta en prosa D. Amós de Escalante, hizo también muchos y excelentes versos, temiéndolos en tal predilección, que sólo en ellos estampó su nombre verdadero, reservando el pseudónimo para las obras en prosa. Con algunos de los más selectos formó en 1890 un precioso tomito, cuya edición privada, y de cortísimo número de ejemplares, apenas traspasó el círculo de su familia y amigos. Hoy se reimprime acrecentado con otros de mérito no inferior que se han encontrado entre sus papeles. Muchos más condenó á la obscuridad, y acaso á la destrucción, su acendrado gusto, que tratándose

de cosas propias se pasaba de nimio y meticuloso. Basta con los coleccionados para que el tomo quede el más cabal que del poeta montañés tenemos, y uno de los más personales y simpáticos de la lírica española de nuestros días.

Muchas veces se ha repetido, siempre con airada protesta de la gente del Norte, aquella sentencia atribuída á D. Alberto Lista: «Del Duero *allá* no nacen poetas.» Injusta era ya cuando dicen que se pronunció, puesto que sin remontarnos á la antigua poesía épica y á los Santillanas y Manriques del siglo xv, del lado *acá* del Duero había nacido Zorrilla, el mayor poeta narrativo y legendario de toda la literatura romántica. Pero si en vez del *Duero* se hubiese dicho *del Ebro allá*, no hubiese sido tan fácil impugnar la proposición. Asturias misma, fecunda en excelentes prosistas, apenas contaba, antes de la aparición de Campoamor, más títulos de relativa gloria poética que las comedias de Bances Candamo y las sátiras y epístolas de Jovellanos. La musa gallega, primogénita entre las peninsulares (1), no había reverdecido aún sus laureles de la Edad Media. Y

(1) Entiéndase de la poesía lírica, no de la épica, que es castellana desde sus orígenes, y el mayor timbre poético de Castilla juntamente con el teatro.

nuestra comarca, que había dado á la corte del Emperador Carlos V el más brillante é ingenioso de sus retóricos y moralistas, el de mayor celebridad é influencia en Europa, sólo puede citar en el siglo xvii un poeta más conocido y más digno de serlo como dramático que como lírico; dos ó tres harto adocenados en el xviii; cuatro ó cinco muy dignos de estima en el xix, ninguno tan selecto en la dicción, tan rico de savia propia y de intensa cultura como Escalante. Evaristo Silió, prematuramente malogrado, tuvo la inspiración melancólica y gris de nuestro paisaje otoñal, pero algo monótona y enfermiza. Fernando Velarde, mucho más conocido en América que en España, alma vehemente, apasionada y triste, ingenio grande é indisciplinado, versificador grandilocuente y estrepitoso, semejava un pájaro tropical de vistoso y abigarrado plumaje. Casimiro Collado, espléndido poeta descriptivo en la oda *á México*, hondamente elegíaco en *Liendo ó el valle paterno*, era un diestro cincelador de versos clásicos, que llegó á la perfección en dos ó tres composiciones, sin desentonar en ninguna (1).

(1) Hablo sólo de los que han cultivado la poesía lírica exclusivamente ó con preferencia, no de los que, sin ser poetas de profesión, escribieron á veces elegantes y sentidos versos, como el docto catedrático Lavarde Ruiz y otros.

Dos poetas idealistas y melancólicos nacidos en otras provincias del Norte de España tienen con nuestro Amós más estrecho parentesco que los de su tierra. Uno es el tierno y melodioso cantor de *La Niebla*, de *La gota de rocío* y de *La violeta*, Enrique Gil, á quien ya hemos recordado como novelista. Otro es Pastor Díaz, más sombrío y nebuloso, más acerbamente triste, más gráfico en la dicción, más vibrante y enérgico. En sus versos sonó por primera vez el arpa de nácar de la *Sirena del Norte*, y las huellas de su radiante aparición no se han borrado todavía:

No más oí de la gentil Sirena
El concierto divino,
Sino el tumbo del mar sobre la arena,
Y el bronco són del caracol marino.

Pero el numen que inspira á Escalante no es tan tétrico y gemebundo como el que dictó los versos *á la Luna* y *La Mariposa negra*; el que había susurrado al oído del poeta gallego cuando apenas tenía diez y siete años:

De ébano y concha ese laúd te entrego
Que en las playas de Albión (1) hallé caído;

(1) Es notable, en efecto, el parentesco moral de estos poetas del Septentrion de España con algunos ingleses. Quizá Pastor Díaz, cuando escribió estos versos, no había pasado del falso Ossian. Cuando aparecieron las primeras composiciones de Enrique Gil, algún crítico notó analo-

No empero de él recobrará su fuego
 Tu espíritu abatido.
 El rigor de la suerte
 Cantarás sólo, inútiles ternuras,
 La soledad, la noche y las dulzuras
 De apetecida muerte.

También Escalante recibió de manos de la triste maga el laúd de ébano y concha, alto consolador de sus melancolías. Pero atento á la voz del paisaje, atento á la voz de la historia, nunca pudo contarle entre sus víctimas el subjetivismo romántico, ni cantó sólo estériles ternuras. Su alma se difundía sobre las cosas exteriores, y después de abarcarlas con serena contemplación, pareciale pequeña cosa su dolor comparado con el dolor universal. Y como la ley del dolor no estaba escrita para él en las tablas de diamante de la fatalidad, sino que sentía en ella el gemido que lanzan las criaturas violentamente apartadas del centro de su vida é inquietas y desasosegadas hasta que tornen á él, pronto la paz del Señor tocaba su alma, ahuyentando los fantasmas del desaliento y de la duda. Su pensamiento constantemente profundo, aun en las composiciones que pa-

gias, que no encuentro fundadas, con las *Irish Melodies* de Tomás Moore. En Amós la influencia inglesa fué constante, y se ejerció, no sólo por medio de Byron, sino también de los poetas *lakistas*.

recen más frívolas, lanzaba destellos de purísima luz en sus versos religiosos, que son de los más bellos que hay en nuestra literatura moderna, poco fecunda en este género, que, por ser el más excelso de todos, no consiente vulgaridad ni medianía.

Si poeta ha de llamarse al que ha tenido un modo propio de sentir, un modo personal de interpretar la naturaleza y la vida, y ha encontrado para expresar este sentir y esta visión suya aquella forma íntima y solitaria, ajena cuanto cabe del razonamiento prosaico, á la cual llamamos forma lírica, no hay duda que Amós de Escalante es todavía más poeta en sus versos que en su prosa, porque su alma se pone en más directa comunicación con sus lectores, y además la rapidez y concentración del estilo poético le impide caer en el único defecto que puede notarse en su manera, algún exceso de amplificación, cierta tendencia á desleir las ideas y á pararse cariñosamente en cada una. El mismo decía que el soneto le había «disciplinado», y los hizo primorosos de todos géneros. En verso propendió siempre á la sobriedad, y quizá por exceso de ella parece alguna vez obscuro y premioso. Era robusto artífice de endecasílabos: sus cláusulas rítmicas tienen grán sonoridad y empuje; pero todavía se aventaja á sí mismo en el primor y ligereza de los

versos cortos. No diré que, á pesar de todo su estudio, llegase á vencer siempre las asperezas de la rima; descuidos técnicos podrá tener, que desde luego entregamos á la voracidad de los pedantes, si es que son capaces de discernirlos, porque esa crítica menuda suele dar palos de ciego.

Para las almas dignas de comprender el alma de su autor, estas poesías no necesitan encarecimiento; necesitaban, sí, un comentario, y he procurado ponérsele en todo lo que llevo escrito sobre la persona de *Juan García*, tal como la veo reflejada en sus libros; tal como la vi, siempre fiel á sí misma, en muchos años de constante y respetuosa comunicación. He procurado señalar las fuentes de su inspiración; descubrir sus procedimientos artísticos; leer en su alma, tarea grata para mi corazón, que durante largas horas ha creído escuchar su plática docta, insinuante y aguda. Ahora ya puede el lector, libre del fárrago de mi prosa, espaciar la vista por sus *marinas*, perderse con él por los caminos de la Montaña y aspirar el silvestre olor de las flores campesinas recogidas por él en búcaro gentil, digno de albergar, no sólo las que cultivaba en su plácido huertecillo el injustamente olvidado Selgas, sino las que dieron lecciones y documentos de moral sabiduría en las inmortales *Silvas* de Rioja.

No faltará quien tache ó recuse por parcial y apasionada esta apología de un escritor tan poco sonado en los papeles críticos, tan peregrino en los oídos de la generación presente. Mi entusiasmo por él es grande, sin duda, pero razonado y reflexivo. Creo de todas veras que Amós de Escalante era un clásico en vida, y que por clásico han de estimarle los venideros, á no ser que acaben de perderse en España todas las buenas tradiciones de lengua y estilo. No soy de los que se entregan al fácil juego de ensalzar autores de segundo orden con el secreto designio de abatir á los de primero. No soy iconoclasta, ni trato de levantar altar contra altar. Lo que lleva el sello del asentimiento universal tiene para mí grandes y serios motivos de creencia. Tengo horror invencible á la paradoja y á la afectación de originalidad, que es las más veces impotencia disimulada. Afirmo, por consiguiente, que la generación que admiró á Tamayo y Ayala, á Pereda y Alarcón, á Campoamor y Núñez de Arce, al único é incomparable Valera, tuvo grandes razones para admirarlos, y que estas razones se irán viendo más claras conforme pase el tiempo. Pero creo que estos nombres no están solos, y que el campo de la literatura que para nosotros fué contemporánea y de la cual debemos informar á los venideros

para que no padezcan engaño, es mucho más vasto que lo que pudieran hacer creer historias superficiales en que hombres como don José María Quadrado ó D. Amós de Escalante no ocupan más que una sola y menudada página ó no están mencionados siquiera. No confío en que Escalante llegue á ser popular nunca: su amor grave y profundo á la belleza, su arte complicado y laborioso, le apartarán siempre del vulgo; pero no dudo que si la juventud se fija en sus obras, inéditas todavía para la mayor parte de los españoles, llegará á tener un grupo selecto de admiradores, y triunfará después de muerto, como triunfaron otros espíritus suaves y distinguidos: el solitario soñador Sénancour, el fino moralista Joubert (1) y los dos Guérin, *nobile par fratrum*. Y espero también que esta rehabilitación ha de comenzar entre los jóvenes de su tierra natal, que tiene una gran deuda de agradecimiento con este hijo suyo, que se

(1) A Amós de Escalante puede aplicarse punto por punto lo que el excelente crítico inglés Matthew Arnold dice de Joubert:

«Vivió en los días de los filisteos, cuando toda idea corriente en literatura tenía el sello de Dagón, y no el sello de los hijos de la luz... Pero hubo unos pocos que, aleccionados por alguna tradición secreta, ó iluminados quizá por divina inspiración, se libraron de las supersticiones reinantes, y no doblaron la rodilla ante los ídolos de Canaán, y uno de estos pocos se llamaba Joubert.»

lo sacrificó todo, hasta la esperanza de la gloria, siempre tardía y perezosa para quien se aleja del centro donde la multitud reparte sus favores.

Decía un amigo suyo que Amós tenía dos grandes devociones: el mar y los frailes de San Francisco. Una y otra le acompañaron hasta la tumba. Puede decirse que murió asido al cordón franciscano de que habla en un soneto. Desde las casas de Becedo, donde había nacido, levantadas por los de su linaje junto al arroyo donde cayó herido de un ballestazo Fernando de Escalante en la victoriosa resistencia que la villa de Santander opuso en 1466 á la gente de armas del segundo Marqués de Santillana, pudo oír, hasta la hora en que acompañaron su tránsito, las campanas del convento de San Francisco, edificado en el solar de aquel otro cuya fundación había descrito en una página digna de Ozanam. En aquella amplia y pobre iglesia, huérfana ya de sus antiguos moradores y amenazada de total ruina, que la Providencia quiso dilatar, sin duda, para que sus ojos entornados por la muerte la pudiesen contemplar hasta el fin, sonaron por él las preces funerales; y si el ánimo de los que las escuchábamos hubiese estado menos sobrecogido de religiosa emoción, y más libre para recrearse con memorias viejas, quizá hubié-

ramos visto cruzar la sombra de aquel terrible Juan Ruiz de Escalante, caudillo de los Giles, que sucumbió á manos de ingleses en la isla de Wight, y á quien trajeron los de su nao á enterrar en San Francisco, guardando sus *barbas* en un *pañizuelo*. De tal modo la historia doméstica de la familia de Amós estaba mezclada con la historia de la ciudad de que él fué ornamento y gloria.

En las noches tormentosas del mes en que salió de esta vida, los roncós alaridos del mar, encrespado y furioso como nunca, nos parecían formidables endechas con que plañía á su cantor excelso; pero en su alma purificada por el dolor, limpia por la contrición, en paz con Dios y con los hombres, debieron de sonar como clarines triunfales que festejaban su arribo á las playas de la eternidad. ¡Dichoso quien así había vivido! ¡Dichoso quien moría así!

¡Dichoso tú que en la ganada cumbre,
Al derribar del hombro fatigado
La vida y su gloriosa pesadumbre,
Podrás decir: «A tu mandato llego:
Esto, Señor, me diste; esto he logrado:
Tuyos lucro y caudal, te los entrego!»

ESPLENDOR Y DECADENCIA

DE LA

CULTURA CIENTÍFICA

ESPAÑOLA